

## En la presentación de *Viejas cartografías de amor*

Por regla general, no planifico con antelación mis novelas, y, aún menos, proyecto de una manera racional lo que voy a escribir. Lo que escribo se debe más a un impulso que a un acto premeditado, a una necesidad cuyo origen me resulta casi siempre desconocido y queda en la oscuridad. Es más tarde, al reflexionar sobre lo que he escrito, cuando se ponen de manifiesto algunos detalles que, como hitos en un mapa, me permiten esbozar un panorama inteligible, algunas claves sobre lo que escribí. (Sin que con ello quiera explicar de una manera racional una novela, algo inalcanzable.)

Bueno, lo cierto es que, con respecto a esta última novela, *Viejas cartografías de amor*, caí en la cuenta de algo que unos cuantos amigos que habían leído mis novelas anteriores ya habían notado, la repetición de un elemento que, de manera machacona y en diversas formas, aparecía una y otra vez en ellas: la carta. Desde *Las cartas americanas de Prudencio Armengol*, hace ya más de doce años, hasta *Una carta de santa Teresa*, pasando por algunos relatos cortos en *De amar y andar por casa*, siempre ha sido la carta una obsesión que me ha perseguido. En este último libro *Viejas cartografías de amor*, en donde cada capítulo comienza con una carta o tiene la carta como sujeto principal, se cierra el ciclo y con ello, creo, conjuro esa obsesión.

Pero ¿cuál es la razón de esa obsesión y cómo he tratado de conjurarla con lo que he escrito? Sin agotar la explicación, se me ocurren dos razones. La primera tiene que ver con algo que ya sentía desde hace mucho tiempo, y es la certeza de que la carta, la relación epistolar como tal, es algo que se está extinguiendo de manera acelerada. Y como algo que a uno le parece muy valioso y se da cuenta de que desaparece, yo trataba de “recuperarlo”, de “seguirle dando vida” a través de la escritura. No recuerdo la última vez que yo mismo escribí una carta -y me refiero a la escritura cabal de una carta: a mano- y tampoco me viene ahora a la cabeza la vez última en que recibí una. Algo parecido debe ocurrir con las personas de mi generación, y si ya pienso en las personas más jóvenes, estoy por decir que la mayoría de ellos nunca escribirá una carta. Dentro de poco ya no habrá gente que escriba cartas.

La segunda de las razones a las que aludía se refiere a mi convencimiento de que la práctica epistolar hace aflorar un tipo de carácter y unas relaciones interpersonales muy especiales. También esto desaparece con las cartas. Creo que en el fondo de *Viejas cartografías de amor* late esto que estoy diciendo y, en particular, un tipo de relación amorosa que encuentra, como el cultivo en un terreno fértil, una atmósfera adecuada para germinar y desarrollarse. Pero no todos los amores hallan en la relación epistolar un terreno propicio. Yo ya sospechaba que no todos los caracteres se adaptan a ese clima, que en algunos casos puede resultar letal. Y lo vine a descubrir cuando ya había acabado esta novela y estaba inmerso en estas reflexiones. Leí un estupendo relato de Felisberto

Hernández (escritor uruguayo poco conocido en nuestro país y que tanto influyó sobre Cortázar y Borges), *Elsa*, y allí lo descubrí. El protagonista de ese relato, que está en relaciones con Elsa, dice lo siguiente: “*Nuestro amor se mantiene por correspondencia... Pero tengo la convicción de que dada la manera de ser de ella, muy pronto dejará de amarme, porque ella no podrá resistir el amor por correspondencia. Yo sí, pero ella no.*” ¿Será tal vez?, me pregunto, ¿porque Elsa sea una mujer “moderna”? Puede ser. Sí, tal vez sea eso.

Pero ¿cuáles son esas características?, ¿cuál la especial cartografía de esas relaciones?

Pensaba en ellas cuando di con un ensayo de Pedro Salinas que, de manera racional y bastante completa, daba respuesta a muchas de mis preguntas. El ensayo se llama (creo) *En defensa de la carta y de la correspondencia* y está escrito a finales de los años treinta del pasado siglo, cuando Salinas ya estaba en Estados Unidos, y como reacción a una campaña de aquellos días que, bajo el lema *Wire, don't write*, pretendía que la gente pusiera telegramas en lugar de escribir cartas. El ensayista reaccionaba en tintes casi apocalípticos: “*Por atrevido que parezca, yo proclamo este anuncio el más subversivo, el más peligroso para la continuación de una vida relativamente civilizada*”. Y añadía: “*Un universo en el que todo se dijera a secas, en fórmulas abreviadas, de prisa y corriendo, sin arte y sin gracia.*”

¿Qué diría hoy el bueno de Pedro Salinas ante el aluvión de emails y sms que nos inunda?

Luego, en ese ensayo, Salinas se pone a analizar con detalle muchas de las características de la práctica epistolar de manera muy lúcida y acertada. Me gustaría dar cuenta de muchas de ellas, pero no es el momento ni hay tiempo para hacerlo ahora. Sin embargo, de todas esas características voy a citar tres, que me parecen que, de una manera u otra, alientan en el fondo de mis *Viejas cartografías de amor*:

a) El especial sentido del tiempo que inspira la práctica epistolar y que afecta no sólo a la persona que escribe la carta, sino también a la que la recibe y la lee. No hay más que repasar el proceso que va desde la escritura de una carta hasta su destinatario para darse cuenta. Acopio de papel, sobre, sello, la pluma, lápiz o bolígrafo (estamos hablando de carta caligráfica); el proceso de escritura, lento, parsimonioso, pensando lo que se escribe, interrumpiendo para pensar, tachando, borrando, modificando...; introducir el papel en el sobre, llevar la carta a una estafeta de correos, la recogida del cartero (o veredero) para llevarla a la oficina, la selección y distribución, el envío; el viaje en avión o barco... Y luego el proceso contrario hasta llegar al destinatario. A veces la duración de todo esto llevaba no días, sino semanas y hasta meses si la cosa se torcía en algún punto. Todo, pues, inspira morosidad, lentitud, una actitud de resignada paciencia, un largo tiempo para la digestión. Si ahora lo comparamos con el envío de un email a través del ordenador, vemos la diferencia. Tecleamos ante la pantalla brillante y un zumbido de fondo que nos acucia, y si solicitamos una respuesta o aguardamos reacción de la persona a la que destinamos nuestro mensaje, conscientes de

la velocidad de la luz a la que va nuestro envío, ya a los pocos minutos aguardamos impacientes ante esa misma pantalla la respuesta. Y si ésta no se produce en pocos minutos u horas, ya estamos pensando que algo no va bien, que algo malo ocurre. En el destinatario ocurre algo similar. Participando de la misma actitud, la llegada de un mensaje con un requerimiento le presiona a dar una rápida respuesta que evite cualquier equívoco, una contestación a golpe de tecla, sin tiempo casi para la reflexión o la pausa.

b) A diferencia de la relación directa, Salinas nos habla de la soledad que supone la escritura de una carta, no sólo de la persona que escribe sino la de la persona que la recibe y la lee, sola. Todo implica reflexión. Dice: *“Escribir es cobrar conciencia de nosotros. Y aunque la carta está dirigida a otra persona, la carta está en primer lugar destinada a nosotros mismos”*.

c) Comparando la carta caligrafiada con el envío de un telegrama o la escritura de esa misma carta a máquina, nos habla de la distancia: *“Es incomensurablemente mayor en la escritura a máquina, en la que lo que se escribe es ajeno con el modo de ser del que escribe... Sólo la caligrafía está en misteriosa y honda relación con el carácter de quien escribe.”* Y eso también lo detecta la persona que recibe la carta y que lee. *Es su letra*, hemos escuchado decir muchas veces, como queriendo señalar algo que va mucho más allá de unos signos distintivos.

En fin, muchas más cosas podríamos añadir de todas estas reflexiones de Pedro Salinas, pero baste, para acabar, una anécdota que él cuenta en ese mismo ensayo y que pone de relieve el especial carácter de las personas que la carta saca a la luz.

Salinas decía que tenía un numeroso grupo de amistades que se reunía casi a diario, sin más objetivo que verse y charlar amigablemente. Y que en ese grupo había una mujer que después de algunos meses de continuado contacto con los amigos, sentía que llegaba el momento en que necesitaba un retiro espiritual o, mejor dicho, un retiro epistolar. Entonces acopiaba papel, sobres, sellos, pluma y tina y se retiraba a un lugar apartado. Y desde allí, desde esa soledad distante, se ponía a escribir (y a recibir) cartas a esos mismos amigos que había tratado a diario y cuya relación el contacto directo y continuado había deteriorado. Era una manera, decía ella, de recuperar la amistad.